

La carrera literaria

(Continuación)

III

Entramos al segundo grupo general, esto es a los que se quedaron a medio camino, y comenzaremos por los que fueron apartados de su cauce natural, atraídos por el miraje engañoso de la política.

En primer lugar nos encontramos con la descollante figura de Guillermo Labarca Hubertson (descollante en la literatura e igualmente en su actividad de desvío). Su afición al arte de escribir comenzó en edad muy temprana: su primer trabajo apareció en el número 1 de la revista mensual de la Academia Literaria «Miguel Luis Amunátegui», el 23 de junio de 1894, y se titulaba «Carta a un amigo»:

«Por fin, en medio de afanes, puedo consagrarte algunos instantes. ¡Al fin puedo olvidar, siquiera momentáneamente, los apuros y las angustias por que he pasado en este último tiempo! ¡Cuántas veces he implorado tu ayuda; pero tú estabas tan lejos, caro amigo!

«Cuántas veces no he deseado tenerte a mi lado para que me sacaras del profundo piélago a que mi estrella me condujo! Nadie acudió a auxiliarme, sin embargo, y ya consideraba seguro mi naufragio, cuando mi último esfuerzo desesperado me dejó alcanzar las orillas salvadoras».

Y tras la exposición del problema, continúa:

«Sin embargo, tenía dos caminos ante mi vista: podría elegir. ¿Prosa? ¿Poema? . . .

«Unas cuantas reflexiones me bastaron para eliminar a las musas. Amén de que siempre me ha disgustado ese sinnúmero de poetas que suponen serlo y nada más; además de esto, mi imaginación ni con toda la buena voluntad que yo puedo tenerle por ser mía, es de las más ardientes y soñadoras . . . no, ¡mi imaginación es modesta!».

Debió seguir colaborando en estas publicaciones, estudiantiles y su firma apareció en forma más destacada cuatro años y medio después en «Los Lunes de la Tarde», que publicó un cuento suyo titulado «Bohemios», en febrero de 1899, trabajo que lo colocó en primera fila entre los escritores de la época. Su prosa era muy castigada, eufónica, producto de quien ya tiene dominio sobre la pluma. Le faltaba tal vez un poco de imaginación . . . y otro poco del don emocional. He aquí los primeros acápite de ese cuento que apareció firmado: G. L. H.:

«En el cuarto no había luz.

«La lucha era encarnizada. La tinieblas, con su cortejo de monstruos invisibles y sombríos, formaban legiones compactas contra las cuales lanzábase impetuoso un rayito de luna, cual joven doncel deseoso de distinguirse ante los ojos de su dama.

«Entre la sombra y la luz, la victoria no es dudosa.

«El joven doncel, enristrando su lanza de oro pálido, rompió las filas enemigas y apareció en el tragaluz triunfante, risueño, iluminando la escena; aquí allá bohemios en diferentes actitudes, repatingados sobre las sillas, tendidos en los sofaes, dejando adivinar en sus rostros aburridos el proceso de sus ideas que germinaban en el cerebro, todos soñolientos, con spleen. Allí estaba Manuel en un ancho sillón, arrebuñado en su paltó, mascullando entre dientes frases incompletas, embriones de ideas que no alcanzaban a desarrollarse en la noche de su cerebro, en aquellas sombras que despedían a veces vivas llamaradas, relámpagos de ingenio que lo ponían al nivel de la turba de bohemios ilustrados e inteligentes».

En 1900 ingresó a la redacción de «Luz y Sombra», en donde siguió publicando cuentos. Incluyó los mejores en un volumen aparecido en 1905: «Al amor de la tierra». En los concursos oficiales de 1910 le premiaron la novela «Mirando al océano», considerada por la crítica una pequeña obra maestra. Desgraciadamente, fué su último trabajo. La política no debería soltarlo ya.

Alfredo Guillermo Bravo publicó sus primeros versos en Valparaíso, donde residía. La revista «Sucesos» del 13 de mayo de 1909 registra «El tesoro»:

Ebrio, cansado y ardiendo en ira
penetra al cuarto del arrabal,
donde su madre llora y suspira,
porque él no llega y es tarde ya.

Al ver su cara terca y sombría
ella pregunta: «¿Qué tienes, dí?»
y él le responde: «Majadería,
¿qué importa, madre? ¡Jugué y perdí!».

Sus primeras producciones las firmaba Alfredo Guillermo Bravo Z. Andando los días, vino al Ateneo de Santiago y leyó su canto: «A Santa Teresa», que le valió su mayor triunfo y nombradía, y cuya última estrofa reproducimos:

Pero, ¡oh Divina Ovejal, las almas sentidoras,
tus hermanos de anhelos y utópico fervor,
comprendemos la gloria de tus líricas horas...
Bendita tú eres entre todas las soñadoras
y bendito es el fruto de tu espíritu: Amor...

En 1908 publicó su primer volumen de versos; el segundo en 1910; el tercero en 1914 y el cuarto en 1919. Recibido de abogado, entró de lleno a la po-

lítica, vino al Congreso y la musa se agotó. Murió en 1941, en febrero, cuando desempeñaba el cargo de Director de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas.

A Ruperto Murillo lo vemos iniciarse con unos versos en «La Ilustración», 5.ª semana de junio de 1900. En los últimos años, después de largo silencio, ha publicado dos novelas, confeccionadas rápidamente, entre uno y otro trajín político. Fué diputado de 1932 a 1937.

Otro que traía la vocación en las venas era Tito V. Lisoni. En el N.º 90 de «Los Lunes de la Tarde», de 10 de octubre de 1898, se publicó un comentario elogioso sobre su libro «Ángel caído». En el número siguiente apareció su composición: «A la luna de enero», que empieza:

Luna que marchas lentamente y sola
 en tu carro de plata,
 alumbra como otra vez mi humilde frente
 con otros rayos de tu luz sagrada.

¿Quién podría negar en estos versos, de corte romántico, una vocación que merecía cultivarse? Pero pronto lo cogió la política, llegó a la Cámara y en tales andanzas lo sorprendió la muerte.

Alfredo Irarrázaval tenía grandes condiciones de escritor: sus versos humorísticos publicados, en un volumen: «Guitarrazos», podrían ser colocados entre los

mejores del género. Lo arrastró el río de la política, y aunque en sus últimos años vivió alejado de ella nada produjo, porque había perdido el paso.

* * *

Entramos ahora a la fracción de este grupo, malograda por el periodismo.

Carlos Varas Montero empezó publicando cuentos en «Los Lunes» trabajos muy sentimentales. En 1899 dió a la estampa su novela «Dolorosa», que fué uno de los más grandes éxitos de entonces. La crítica le fué totalmente favorable. Pero no tardó en ser enganchado por un diario, que lo envió a viajar por el mundo, y ya nada digno de vivir produjo.

Armando Donoso fué enviado, aun adolescente, a Alemania para que prosiguiera sus estudios. Estando por allá, la casa Maucci de Barcelona le encargó la confección de un «Parnaso Chileno» que resultó muy completo: ya se veía al hombre minucioso y disciplinado, a quien poco se escapa. Regresó a Chile a fines de 1909, y su primer artículo apareció en Zig-Zag del 26 de noviembre de 1910, dedicado a Paul Heyse, que acaba de obtener el premio Nobel:

«Un telegrama de Noruega da cuenta de haber sido otorgado el premio Nobel de la literatura al novelista berlinés Paul Heyse.

«Por cierto que no es Heyse un literato de mucho fuste en Europa, ni el más digno de merecer el sabro-

so premio del inventor noruego. Hay actualmente no menos de una docena de escritores, entre ellos Maeterlinck, Hauptmann, Anatole France, Galdós, d'Annunzio o Brandes, harto más conocidos y talentosos que el novelador alemán; pero, si como graciosamente comentaba el «Punch», el objeto del premio Nobel es hacer caridad literaria, sacando de la obscuridad a escritores que por sí propios jamás se hubieran descubierto, bien lo hayan sido Selma Langerloff, el filósofo Eucken y Paul Heyse.

«Es Heyse, en la actualidad, un hombre anciano por sus años (nació en 1839, en pleno crepúsculo romántico), pero lleno aún de vigor intelectual y físico. Alto, corpulento, se pensará que más que un «gentleman» poeta es un paladín de los Nibelungos. Su rostro de nazareno recuerda vagamente el de Eduardo Rod: frente amplia ojos profundos y tristes, facciones seguras que traducen al hombre de voluntad, al artista tesonero, obstinado en atrapar la gloria. (Hasta hace algunos años, Heyse no era conocido más allá de las ciudades alemanas; ahora se le lee bastante en Austria y en Italia. El premio Nobel acabará por consagrarlo ante los restantes países civilizados».

Proseguía dando detalles sobre las obras del novelista, y firmaba «A. Donoso». Colaboró también en «Sucesos»: el 28 de mayo de 1911 encontramos un artículo dedicado al poeta Manuel Magallanes, que terminaba así:

«El poeta de «La Jornada», sin ser un simbolista o sin desvelarse por sugerir a trabucazos, sabe el secreto de abrir, como el mago oriental, las doradas regiones del Ensueño. Con lo cual afirma su más alta virtud de un poeta, como es la de sugerir despertando en nosotros una sed de infinito y eternidad».

Colaboró igualmente en «El Diario Ilustrado»: en el número de 30 de octubre de 1912 encontramos un artículo dedicado a Espronceda; en el primer semestre del año siguiente, junto con Honorio Henríquez, dirigió en el mismo diario una página literaria. Y desde su llegada al país, durante unos doce años publicó libro tras libro, sobre cuestiones literarias, filosofía, sociología, historia, etc. El último, si no nos equivocamos fué sobre Sarmiento, hace cerca de veinte años. Desde entonces ha guardado silencio, entregado por completo a sus labores periodísticas: es subdirector de «El Mercurio».

Don Carlos Silva Vildósola publicó en su juventud dos novelas: «En la montaña» y «Brisas del mar», dadas primero como folletín en «El Chileno», donde era primer redactor, y luego en un volumen las dos. Ellas señalaban a un novelista de porvenir; pero el periodismo no lo soltó hasta su muerte. Es verdad que entre lo publicado después por «El Mercurio» hay cosas de valor literario; pero, con todo, el periodista mató en él al escritor de vocación.

Jorge Downton G. se estrenó en «Zig-Zag» el 3

de diciembre de 1907 con dos «Rimas», la primera de las cuales era la siguiente:

Le gustaban mis versos, me decía,
los oía en silencio,
clavando la mirada de sus ojos
en los míos con dulce arrobamiento.

Yo la adoré... La amaba como aman
el religioso al templo,
la mujer, los perfumes,
elavecilla al cielo.

Un día me engañó, con otro fuése,
dándole sus encantos altaneros,
mientras yo repetía sollozando:
¡le gustaban mis versos!

Siguió publicando versos por el estilo en la misma revista, tal vez por un año. Después ingresó a la sección cablegramas de «El Diario Ilustrado» y ya no publicó nada de valor literario. Del «Ilustrado» pasó al periódico de batalla «La Opinión», que editaba don Tancredo Pinochet, y tras unos meses se fué a Buenos Aires. Por allá hizo comedias, y logró que le estrenaran en escenarios bonaerenses dos o tres con buen éxito. Hace un buen número de años que no se sabe de su persona. Parece que también lo absorbió el periodismo argentino.

Jenaro Prieto se estrenó con un artículo firmado P., en «El Diario Ilustrado» del 8 de julio de 1912: **Vivir para ver:**

«Suceden cosas tan raras, casi diríamos tan estupendas en este pícaro mundo, que si no fueran una realidad, las creeríamos cosas de broma.

«Uno de los diarios de ayer anunció un negociado en que figuraba nada menos que una plaza pública. Al principio nos alarmábamos mucho, creyendo que se trataba de la Plaza de Armas, de la cual somos asiduos asistentes; pero de las averiguaciones hechas resulta que no es ni la Plaza de Armas ni la del Congreso, ni la del Brasil; es la plaza en formación de un barrio nuevo, encantador: es la Plaza de la Avenida Pedro de Valdivia».

La inclinación a lo cómico se fué pronunciando en él, hasta que demostró verdaderas facultades para ello. Y después, es sabido, abordó la novela, primero «Un muerto de mal criterio» y luego «El Socio», que mereció ser traducida al francés y al inglés. Lo triste es que nunca salió del estilo periodístico, ni aun en sus novelas. «El socio» fué un diamante en manos de un mal tallador. La vida del periódico mató en Jenaro Prieto al escritor.

* * *

He aquí los de la tercera fracción: los que abandonaron la literatura por otras actividades profesionales.

Comenzaremos por uno de los grandes poetas del pasado: Diego Dublé Urrutia, que entró a paso de vencedores con su libro «Veinte años» allá por 1898.

Las loas fueron muchas. Se había estrenado escribiendo en la «Revista Cómica» y en «La Ley». Después colaboró en «Pluma y Lápiz». Algunos de sus versos fueron muy populares, como éstos:

«¿Ha venido mi paloma?»
 le pregunto a la alondra por la tarde
 y al lucero del alba cuando asoma;
 y el ave y el lucero
 «No ha venido», me dicen, la que espero.
 Y mi alma que la aguarda
 ¡Cuánto tarda—solloza—cuánto tarda!

Cinco años después, 1903, publicó su segundo libro, «Del mar a la montaña», que fué otro triunfo. El año siguiente ingresó a la diplomacia, y la diplomacia mató al poeta.

Luis Galdames empezó publicando sus versos en «Los Lunes» y después en «La Ilustración» y en «La Lira». Ellos despertaban entusiasmo entre las mujeres. Así en la Correspondencia del N.º 142 de «Los Lunes», octubre de 1899, le decían: «Aquí tengo unos versos dedicados a usted por la señorita Mercedes V., quien en carta adjunta me dice de usted cosas que... ya... ya...» El mismo año obtuvo el primer premio en un concurso abierto por «La Ilustra-

ción Militar» para un himno a las glorias de Chile. También obtuvo el primer premio en un certamen de igual carácter en «La Lira Chilena», derrotando entre otros, nada menos que a Pezoa Véliz. Para demostrar que estábamos en presencia de un verdadero poeta, reproducimos «Olvido», publicado en «La Ilustración», tercera semana de agosto de 1901:

«Para siempre» . . . exclamaba la anciana,
y la niña decíale:— «no»,
y mostraba la ruta distante
que el barco dejara donde iba su amor.

Por la tarde ya cuando moría
como un lecho de hogueras, el sol,
visitaba, con pena, en la playa
el negro peñasco del último adiós.

Conversaba, y el mar agitado
parecía hacer eco a su voz . . .
«Para siempre» . . . exclamaba la anciana,
la niña seguía diciéndole:— «¡no!»

Y la anciana bajó hacia la tumba
y tragóse la mar el peñón:
mas, la niña siguió para siempre
mirando en las olas volver a su amor.

Un tiempo después, ingresó como jefe de redacción de «La Lira Chilena», a la que dió un rumbo de ma-

por eficiencia literaria. Bajo su dirección colaboraron escritores que habrían de sobresalir después. En 1902 reunía sus versos en un volumen y lo lanzaba con el título «Savia joven». Obtuvo alabanzas muy justas. Pero no tardó en cogerlo la docencia, y ya no publicó sino libros didácticos o de carácter biográfico, como su «Valentín Letelier», muy voluminoso, preñado de datos. Murió recientemente, en el cargo de Director de Educación Primaria.

En el N.º 83 de «Los Lunes», 22 de agosto de 1898, aparece la primera composición poética de Valentín Brandau, titulada «Sombras»:

Y batiendo las alas sin calma
van los pálidos cisnes risueños,
que en el blanco santuario de mi alma
arrullaron sus mágicos sueños.

Puede verse que se cobijaba bajo la sombra de Rubén Darío, y que para comenzar, estaba bastante bien. El 5 de septiembre publicaba una segunda, «Aurorales»:

Como un cisne fantástico y regio,
oh! mi virgen azul, bate el ala!
alza el vuelo arrullando tu arpegio
de eucarística, diáfana escala.

Era el estilo de entonces: la rebusca de palabras sonoras, conforme a la receta de Verlaine: de la

musique avant toute chose. Pero la creación poética fué en Brandau algo esporádico: su espíritu acucioso lo llamaba a estudios de profundidad y trascendencia. Lo atraieron especialmente las doctrinas penalistas de Ferri, Garófalo, Dorado y otros, así como las lombrosianas, asuntos que lo llevaron a la publicación de una serie de bien meditados artículos en la revista «Panthesis», que dirigía Luis Ross Mujica. Poco después, daba a la imprenta una serie de libros sobre política penal y entre ellos el titulado «De la represión y de la prevención del delito en Chile», mereció muchos elogios en el extranjero. Pero recibido de abogado en 1917, se fué a la región salitrera, en donde con el ejercicio tesonero e inteligente de su profesión, se levantó una pequeña fortuna, que le permitió viajar por Europa y quedar un tiempo residiendo en Francia. De regreso por acá hace pocos años, lo tenemos como miembro de la junta ejecutiva del partido liberal, y según parece, ya no le es menester trabajar para vivir. Pero aunque lea siempre y se le vea rodeado de libros, no produce.

«Zig-Zag» de 30 de abril de 1905 publicó «Las joyas viejas» de Antonio Orrego Barros:

Arrancaron del nicho la portada,
las cuatro tablas sin esfuerzo abrieron;
apenas si quedaba del cadáver
un polvo obscuro entre amarillos huesos.

Largo rato mirando los despojos
 permanecí en silencio . . .
 Tal vez la caridad, quizá el cariño
 le arrendaron un lecho . . .

Orrego Barros se dedicó especialmente a los versos en lenguaje campesino, los que reunió en un volumen: «Alma criolla». Después publicó «La marejá», drama en verso que fué estrenado con lisonjero resultado en el Teatro Santiago. Estrenó otras comedias, y luego se apagó, entregado por entero a sus tareas de jefe de redacción de sesiones en el Senado.

Jorge Gustavo Silva, que usó como escritor de imaginación sólo el segundo nombre, se estrenó con un cuento «Bajo la carpa» el 13 de agosto de 1908 en «Sucesos». El 15 de octubre del mismo año publicaba unos versos:

EL PAJE HERIDO EN EL CORAZON

(En un álbum)

Noble señorita, son
 mis versos el homenaje
 de respetuosa pasión:
 sois la princesa, yo el paje
 del herido corazón.

Sois la princesa, yo el paje
 que os ha inferido el ultraje
 de quereros, y es razón

que, ardiendo de indignación,
rechazéis el homenaje
de respetuosa pasión
del paje
del herido corazón.

Escribió mucho en la misma revista, a la que ingresó como primer redactor, para llegar a ser director de ella. Alcanzó a publicar una novela, «El doctor Le-Roy» y después se apagó para la literatura, entregado al periodismo y al ejercicio de su profesión de abogado.

Amanda Labarca se inició en 1909 con un libro, «Impresiones de juventud», en que hacía un análisis muy atinado, y nutrido en datos y citas de los principales poetas y novelistas españoles contemporáneos. Andando los años publicó una novela «La lámpara maravillosa» y un tomo de «Cuentos a mi señor». Después sólo ha publicado obras relativas a la enseñanza pública, que la absorbió por completo.

Alberto Mauret Caamaño fué un poeta sumamente fecundo que pulsó de preferencia la lira erótica. Su primer trabajo lo encontramos en «La Revista Cómica», segunda semana de septiembre de 1896, «Gota de acíbar»:

En este mundo de falsías lleno
¡cómo se van, Dios mío, presurosas
las locas alegrías... y el veneno
oculto queda en las marchitas rosas.

Donde más publicó después sus versos fué en «La Lira Chilena». Desgraciadamente el excesivo afán de publicar lo perjudicó, porque no le quedó tiempo para mejorar su producción, que resultó banal y descuidada. Alcanzó a publicar cuatro libros: el último, aparecido hace más de veinte años, llevaba el título «En el regazo de Venus». Después se perdió en la sombra. Se supo que los afanes de su profesión, o más bien por seguir a su compañera, que era profesora secundaria, lo llevaron a Antofagasta.

En el N.º 3 de «La Ilustración» apareció el primer cuento de Luis Roberto Boza. En el N.º 4 de «Pluma y Lápiz» publicó unos versos. Siguió colaborando esporádicamente en varias revistas y diarios. Luego publicó una colección de cuentos, y guardó silencio por un buen número de años. Hará unos diez, la editorial «Zig-Zag» le publicó otra colección, y calló de nuevo hasta hoy. Lo han absorbido ocupaciones varias.

Tomás Gatica Martínez empezó publicando versos en «La Ilustración». En la tercera semana de diciembre de 1901, nos encontramos con estos titulados «¡Gloria!» y dedicados a Jorge Edwards que empiezan:

[Miradlo! [Cuán hermoso! En su pupila
fulgura el resplandor de la alborada,
y palidez de lirios y azucenas
resplandece en su frente nacarada!

Después ensayó la vena humorística en verso, con buena fortuna: en «Zig-Zag» de diciembre 30 de 1906 nos encontramos con «Desde el cielo»:

Hay como un rumoreo de victoria
esta noche en las puertas de la gloria,
se asoma el Padre Eterno a los umbrales
con todas las cohortes celestiales.

El Paraíso entero está en jolgorio
y el mismo venerable San Gregorio
que siempre en regocijos actuó poco
se vuelve, en este instante, medio loco.

El Padre Eterno tiene unos gemelos
con los lentes mejores de los cielos,
de un óptimo poder que nada iguala:
sin pérdida de tiempo se los cala;

a hurtadillas de El, millones de ojos
se aproximan, también, a los anteojos,
y por mirar primero hacia la tierra,
vírgenes y profetas arman guerra.

Un bienaventurado santiaguino
que de puro entusiasmo pierde el tino,
aplaude, grita, lo alborota todo
y a San Canuto le pellizca el codo,

.....

Tomás Gatica fué, con Yáñez Silva, autor de aquella pieza teatral que tuvo tantas representaciones y que fué muy popular en su tiempo: «Con permiso de don Juan Luis». Fué también autor de otras piezas teatrales de resonancia: después se dedicó a la novela, algunas de las cuales metieron mucha bulla y hasta escándalo. Con «Un amor de Juan Nadal» pareció encontrar su verdadero camino, pues es lo que más vale en su obra literaria. Desgraciadamente, pareció ser su canto del cisne, pues ninguna obra de imaginación la ha seguido, entregado por entero a un alto cargo burocrático.

Eduardo Barrios se dió a conocer en Santiago el año 1910, al obtener el primer premio en el Concurso Oficial del Centenario con su comedia «Mercaderes en el templo», obra de tesis, que despertó protestas al estrenarse. Ya había publicado un tomo de cuentos en Iquique, donde residía. No se olvidarán sus triunfos con la novela «El niño que enloqueció de amor», «Un perdido» y «El hermano asno». En 1925 fué nombrado Director de la Biblioteca Nacional, y en 1928 Ministro de Educación, para volver a la Biblioteca al año siguiente. Se retiró en 1931, para dedicarse a la agricultura. Todo esto estrujó, al parecer, toda savia artística en su magín, pues nada ha producido desde el primer nombramiento.

Max Jara se estrenó en el Ateneo, en 1905, con unos hermosos versos. Al poco tiempo lanzó su primer libro «Juventud» que fué un triunfo consagrato-

rio. Pasaron dos o tres años y apareció «¿Poesía...?» Por último unos romances, que fué lo último. Su silencio dura algo más de diez años; sirve un puesto en la Universidad de Chile. Pero sus versos no morirán, ni su nombre podrá ser olvidado.

/ Ernesto A. Guzmán empezó en «Pluma y Lápiz»: en el N.º 8 (enero 13 de 1901) nos encontramos con «¡Ven!»:

¡Ven! Mariposa prendida
al manto del infinito,
la luna al beso bendito
de las almas nos convida.

También colaboró en «Zig-Zag»: en el número de 14 de octubre de 1906 se publicó «Desde la puebla»:

Y cuan ceñudo bajo la higuera
el esqueleto del rancho espera
junto al pantano y al pajonal
que el viento pulsa y el sol abraza,
en tanto un ave y otra ave pasa
siempre cantando sobre el guindal.

No tardó en evolucionar hacia el verso blanco de carácter filosófico: verdaderos ensayos en prosa rítmica, por el estilo de los de Unamuno. Y calló hace unos quince años. Nos ha dejado tres o cuatro libros. También es un poeta que no será olvidado.

Para muchos será una sorpresa saber que el mordaz y famoso crítico Eliodoro Astorquiza empezó publicando versos: en el N.º 131 de «Pluma y Lápiz» apareció «Puede ser»:

Un alma enamorada amiga mía,
dice que es poema la mujer.
Si lo dices de veras o es sarcasmo,
eso yo no lo sé.

Durante un tiempo que residió en Concepción publicó «Literatura francesa», que fué su único libro. En seguida dió el «El Diario Ilustrado» y finalmente en «Zig-Zag» artículos de crítica literaria que llamaron grandemente la atención por su causticidad, su gracia y dominio del idioma. No tardó en callar hasta su muerte, ocurrida en Illapel.

Narciso Tondreau colaboraba con versos en el diario «La Epoca» allá por 1886. Su producción poética la reunió en un libro. En los diarios y revistas de fines del pasado siglo continuaba apareciendo su nombre: en el N.º 21 de «Los Lunes» encontramos unos versos suyos. En el N.º 68 de «Pluma y Lápiz» (marzo de 1902) apareció su «Ars Relligio Mea»:

Adoro el arte libre, nunca impuro,
el arte noble que nació en Atenas,
el mármol palpitante, las estrofas
ataviadas de púrpura y de hiedra.

Desde entonces, muy rara vez ha dado algo a la imprenta.

↓ Gustavo Valledor Sánchez fué también un colaborador de «La Epoca» desde 1886. Continuaba escribiendo a fines del siglo: en el N.º 4 de «Los Lunes» aparece su «Cuento oriental». En «La Revista Cómica» de la segunda semana de agosto de 1895 apareció «El envidioso»:

Hosca la faz, sombría la mirada,
los contornos agudos y salientes,
la blasfemia en los labios insolentes,
prontos a dar violenta carcajada...

Ya no figuró ninguna producción suya en los comienzos de este siglo.

↓ La firma de González Vera (José Santos) entró por primera vez en la revista de estudiantes «Claridad»: así en el N.º 14 de 30 de abril de 1921 nos encontramos con «El primer estremecimiento agrario»:

«Hasta los comienzos del año actual, las relaciones entre terratenientes y cultivadores no habían sido amagadas ni desquiciadas por una presión huelguista.

«Un desacuerdo tan abierto, tan decidido y tan manifiesto como el acaecido en el centro y en el sur del país, era algo que la mente ciudadana no podía concebir ni figurárselo».

Y en el N.º 21, de 25 de junio del mismo año, nos da una «Semblanza de Gabriela Mistral» que empieza:

«Toda mi vida he sentido una incomprensible resistencia contra todas aquellas personas que se caracterizan como artistas y literatos. Y esto no deja de tener sus justificaciones.

«Las personas que pertenecen a esa categoría, son afectadas, de visión unilateral y moralmente despreciables»

La publicación de su serie de cuadros de un conventillo, «Vidas mínimas», significó su entrada triunfal al mundo intelectual chileno. Su fama se afirmó años después, en 1926, con su colección de estampas: «Alhué». Y después... el silencio. Se durmió sobre esos dos espléndidos laureles. Vive agarrotado por la burocracia universitaria.

En «Zig-Zag de 23 de enero de 1909, apareció «A ti...» firmada Jorge Hubner Bezanilla:

No supe porque fué... pero a tu lado
mi labio enmudeció,
me arrodillé a tus pies para rendirte.
callada admiración.

Y quería que en mi alma penetraras
como el rayo de sol
que del lago las aguas más profundas
prestándoles calor.

Así iluminaste mi amargura
y lleno de emoción
sentí un bálsamo dulce en mis entrañas
y en mi mente valor.

y trémulo callé... y allá en el fondo
de nuestro corazón,
¿recuerdas cuántas frases de consuelo
nos dijimos los dos?

Hay un progreso muy grande hasta «El árbol» que han popularizado las antologías. Después no ha publicado nada, y se quedó con el único libro «Prosa y verso» aparecido en 1910 y en el cual la prosa pertenecía a Hernán Díaz Arrieta. Este libro ha desaparecido hasta de la Biblioteca Nacional.

En «Zig-Zag» del 2 de agosto de 1908, vemos aparecer por primera vez la firma de Ignacio Verdugo C. al pie de los famosos «Copihues», puestos después en música y muy popularizados. Un buen número de versos publicó Verdugo Cavada por aquel tiempo y, según entendemos, alcanzó a reunir los mejores en un volumen. Después se calló. Se dice que está próximo a publicar un libro de sonetos.

Alejandro Parra Mege se inició en la «Revista Cómica» de la 5.^a semana de marzo de 1895 con «Otoñal»:

Amado: Yo habré partido
mucho antes de que vuelvan
las rosas y las campánulas,
los lirios y las violetas.

Y aquí donde soy dichosa
Quiero soñar cuando muera,
bajo los rosales blancos
lleno de rosas abiertas.

No prosiguió en este terreno, a pesar de sus condiciones felices, y prefirió los cuentos de fantasía, con un carácter simbólico, que reunió en un volumen: «Eros», que fué uno de los más sonados triunfos literarios de fines del siglo pasado, casi tanto como «Veinte años» de Dublé Urrutia. El brillo de la gloria lo cegó y calló para siempre. Actualmente es juez del trabajo.

Se estrenó Horacio Olivos y Carrasco en la «Revista Cómica» de la 3.ª semana de julio de 1896 con «Intima»:

Niña, cuando contemples
llegar a tu ventana
alados geniecillos
hermosos como el alba,
y sientas en los vidrios
que dan golpes de alas
cual si la lluvia fuera
que azota con la ráfaga,
no le abras, no, que flechas
son que el Amor te manda,
porque te vió hechicera,
porque te vió muy casta.

Nueve años después, seguía produciendo con cierta regularidad: en «Sucesos» de 27 de octubre de 1905 nos encontramos con «Rima de otoño»:

En las noches del frígido Invierno
que cubre los campos de níveas escarchas,
y se ausentan con el pájaro que huye,
las risas fugaces, las dulces palabras.

Cuando el cuervo traidor de mis penas,
audaz, clava el pico en mis rojas entrañas,
cuando bate sus alas de sombra
la muda tristeza de mi humilde buharda;

Me visita la pálida Musa,
la Musa que inspira mis negras baladas,
y me canta al oído en silencio
de un vago recuerdo la dulce romanza.

Alcanzó a publicar sus versos en uno o dos libros, y después rara vez se vió su firma.

Honorio Henríquez Pérez, que guardó silencio en el último tercio de su vida, dedicado a su profesión de abogado, mostró en su juventud un gran entusiasmo por la literatura, y ya en la madurez publicó algunas novelas, una de las cuales, «Por la gloria de San Ambrosio», fué premiada en Argentina. Empezó publicando versos: en el N.º 143 de «Los Lunes» aparecieron unos suyos. También colaboró en «Pluma y Lápiz»: en el N.º 72 se publicó, «Desde la tierra-

ca», en el 92 su «Campánula del alma» y en el N.º 108 su «Almas gemelas», dignos de recordación:

—Llamo a esta puerta, y nadie aquí responde, murmuró el mendigo.

—No vuelvas a llamar, le dije entonces, que aquí reinan el orgullo y el olvido.

Yo también, compañero de infortunio, al mismo hogar vine a caer, sumiso, y ante la fe de mi dolor pasaron con mi amada, el desprecio y el olvido.

—Ah! señor, si por vuestra servidumbre ganáis mi pan, ¿en donde está el camino que yo pueda seguir para encontrarme el pan de la conciencia o del olvido?

—Vayamos juntos, compañero, hermano, quiero vestir tu harapo de mendigo. Si a tus sollozos por el pan del día y a mi plegaria por el bien perdido, nadie responde, ni el amor ni el cielo, busquemos en el mundo, peregrinos, tú la vida del cuerpo, en la esperanza, yo, la vida del alma, en el olvido.

En «Zig-Zag» de junio 7 de 1908, debutó Olegario Lazo Baeza con una narración histórica, «Honor de soldado»:

«Corría el año de 1902. Tucajel era el campo de operaciones de una numerosa y terrible partida de bandoleros. Sus habitantes, justamente alarmados, solicitaron y obtuvieron del Supremo Gobierno el envío de un fuerte destacamento de Dragones.

«Con enérgicas y eficaces batidas, esta tropa puso las cosas en orden y devolvió la tranquilidad a los hogares».

Esta prosa no prometía mucho. Sin embargo, Lazo Baeza perseveró, y en 1925 publicó una colección de cuentos militares que merecieron muchos aplausos de la crítica. Por desgracia, tal vez sus labores profesionales en el Ejército, le impidieron proseguir en este camino.

«Zig-Zag» de 21 de junio de 1908, dió a conocer a Julio Molina Núñez, con «El más hermoso triunfo»:

«Existe un ser que vacilante avanza,
arrojado en las ondas de la vida,
como esquife que, el áncora perdida,
boga al azar sin ruta ni esperanza.

Ve el cielo gris y en sombra el horizonte:
¿quién sabe a dónde, a dónde irá mañana?
¿por qué el joven se agosta, flor temprana
no fulguró la aurora sobre el monte?

Con O. Segura Castro publicó en 1917, «Selva Lírica», una de las más completas antologías, en la

que casi ningún poeta fué omitido, y después él y su compañero callaron, uno en el ejercicio de su profesión de abogado y el otro en un cargo ministerial.

Samuel Fernández Montalva, que ahora se dedica sólo a su profesión de abogado, publicó muchos versos en su juventud. Encontramos por primera vez su firma en «Los Lunes» N.º 30, en «La casa de los muertos». Después, ya lo hemos dicho, fundó la revista «La Lira Chilena», que tuvo gran auge y le dió dinero. Desaparecida la revista a comienzos de este siglo, él siguió publicando algo. Lo más importante que hizo fué un drama en verso, «Calígula», aparecido en 1910.

Entre los colaboradores más asiduos de los semanarios de fines del pasado siglo y comienzos del presente, estaba Luis A. Hurtado, que ha residido hasta ahora en Valparaíso. Hace un buen número de años que calla.

En igual condición estaba Luis E. Chacón Lorca, que alcanzó a publicar dos colecciones de sus versos. Hace lo menos treinta años que no publica nada.

Gustavo Mora Pinochet apareció colaborando en casi todos los números de «Zig-Zag» en 1910. Reunió sus versos en un libro. Después no se tuvo noticias suyas en el campo literario.

René Bickles comenzó en la «Revisra Cómica» de la 3.ª semana de agosto de 1895 con «La Rima»:

Su Rima va sonriendo. Es la coqueta
a que un cortejo juvenil apremia.

Mas, se entrega, con todo, y sólo premia a quien de su favor menos se inquieta.

Otros que publicaban versos por aquellos años eran Juan Ballesteros Larrain y Abel González B. Alcanzaron a publicar un libro y desaparecieron.

(Concluirá)